**Apu Inka Atawallpaman**

Traducción de José María Arguedas, 1955

¿Qué arco iris es este negro arco iris

Que se alza? Para el enemigo del Cuzco horrible

flecha Que amanece.

Por doquier granizada siniestra

Golpea.

Mi corazón presentía

A cada instante,

Aun en mis sueños, asaltándome,

En el letargo,

A la mosca azul anunciadora de la

muerte;

Dolor inacabable.

El sol vuélvese amarillo, anochece,

Misteriosamente;

amortaja a Atahualpa, su cadáver

y su nombre;

la muerte del Inca reduce

al tiempo que dura una pestañada.

Su amada cabeza ya la envuelve

el horrendo enemigo;

y un río de sangre camina, se extiende,

en dos corrientes.

Sus dientes crujidores ya están

mordiendo

La bárbara tristeza;

Se han vuelto de plomo sus ojos que

eran como el sol,

Ojos de Inca.

Se ha helado ya el gran corazón

De Atahualpa,

El llanto de los hombres de las Cuatro

Regiones

Ahogándole.

Las nubes de los cielos han bajado

Ennegreciéndose;

La madre Luna, transida, con el rostro

enfermo,

Empequeñece.

Y todo y todos se esconden,

desaparecen,

Padeciendo.

La tierra se niega a sepultar

A su Señor

Como si se avergonzara del cadáver

De quien la amó

Como si temiera a su adalid

Devorar.

Y los precipicios de roca tiemblan por su Amo

canciones fúnebres entonando,

el río brama con el poder de su dolor

su caudal levantando.

Las lágrimas en torrentes, juntas,

se recogen.

¿Qué hombre no caerá en llanto

por quien la amó?

¿Qué hijo no ha de existir

para su padre?

Gimiente, doliente, corazón herido

Sin palmas.

¿Qué paloma amante no da su ser

Al amado?

¿Qué delirante e inquieto venado salvaje

A su instinto no obedece?

Lágrimas de sangre arrancadas, arrancadas

de su alegría;

espejo vertiente de sus lágrimas

¡retratad su cadáver!

Bañad, todos, en su gran ternura

Vuestro regazo.

Con sus múltiples, poderosas manos,

Los acariciados;

Con las alas de su corazón

Los protegidos;

Con la delicada tela de su pecho

Los abrigados;

Claman ahora,

Con la doliente voz de las viudas

tristes.

Las nobles escogidas se han inclinado, juntas,

todas de luto,

el Willah Umu se ha vestido de su manto

para el sacrificio.

Todos los hombres han desfilado

a sus tumbas.

Mortalmente sufre su tristeza delirante,

la Madre Reina;

los ríos de sus lágrimas saltan

al amarillo cadáver.

Su rostro está yerto, inmóvil,

y su boca:

“¿A dónde te fuiste, perdiéndote

de mis ojos,

abandonando este mundo

en mi duelo;

eternamente desgarrándote

de mi corazón?”

Enriqueciendo con el oro del rescate

el español.

Su horrible corazón por el poder devorado;

empujándose unos a otros,

con ansias cada vez, cada vez más oscuras,

fiera enfurecida.

Les diste cuanto pidieron, los colmaste;

te asesinaron, sin embargo.

Sus deseos hasta donde clamaron los henchiste

tú solo;

Y muriendo en Cajamarca

te extinguiste.

Se ha acabado ya en tus venas

La sangre;

Se ha apagado en tus ojos

La luz;

En el fondo de la más intensa estrella ha caído

Tu mirar.

Gime, sufre, camina, vuela enloquecida

tu alma, paloma amada;

delirante, delirante, llora, padece

tu corazón amado.

Con el martirio de la separación infinita

el corazón se rompe.

El límpido, resplandeciente trono de oro,

y tu cuna;

los vasos de oro, todo,

se repartieron.

Bajo extraño imperio, aglomerados, los

martirios,

Y destruidos;

Perplejos, extraviados, negada la

memoria,

Solos,

Muerta la sombra que protege

Lloramos,

Sin tener a quién o a dónde volver,

Estamos delirando.

¿Soportará tu corazón,

Inca,

Nuestra errabunda vida

Dispersada,

Por el peligro sin cuento cercada, en

manos ajenas,

Pisoteada?

Tus ojos que como flechas de ventura

herían,

Ábrelos;

Tus magnánimas manos

Extiéndelas;

Y con esta visión fortalecidos

Despídenos.